

---

**Carrión, Juan Manuel.**  
*Voluntad de nación: ensayos  
sobre el nacionalismo en  
Puerto Rico.* San Juan: Nueva  
Aurora, 1996. Pp. 237.

---

**Rafael Bernabe**

*Seminario de Estudios Hispánicos  
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

*Voluntad de nación: ensayos sobre el nacionalismo en Puerto Rico* comprende ocho ensayos que su autor elaboró entre 1986 y 1995. Los dos ensayos que abren el volumen abordan la problemática relación entre la tradición marxista y el fenómeno nacionalista. El tercero examina críticamente uno de los textos más influyentes en el debate cultural en Puerto Rico por más de una década: *El país de cuatro pisos* de José Luis González. Dos de los ensayos restantes ofrecen un análisis comparativo del desarrollo nacional en el Caribe inglés, hispánico y afroantillano. Los textos que completan la colección examinan temas tan variados como la historia escrita alrededor de la fecha de 1898, figuras polémicas como José De Diego y Pedro Albizu Campos—y las diversas lecturas que de su obra se han hecho—, así como del legado de la “nueva lucha por la independencia” a partir de la década del sesenta.

A lo largo de las páginas de cada uno de los ensayos puede detectarse el evidente compromiso político del autor. Carrión no es de los que piensa que la investigación y el trabajo académico están reñidos con la pasión del activista. De ahí que sus trabajos combinen la discusión de temas históricos con la consideración de hechos recientes, como el referéndum sobre el status de Puerto Rico celebrado en 1991. Estamos ante un ensayista que no rehuye la polémica. Más aún, estos ensayos

recuperan lo mejor de la escritura del científico social que como polemista se dirige a un público más amplio que los especialistas. Ante tantos trabajos de una oscuridad de expresión casi siempre injustificada, ante tantas reflexiones que sistemáticamente evaden el riesgo que implica una toma de partido, los textos de Carrión—de exposición clara, de armas tomadas—constituyen un contraste atrayente al lector o lectora.

En los debates sobre el tema nacional en Puerto Rico pueden definirse de modo esquemático tres posiciones: la marxista ortodoxa (en sus diversas variantes)—por lo general hostil al nacionalismo; la posmodernista—por lo general hostil al marxismo y al nacionalismo—y la nacionalista de derecha, hostil tanto al marxismo como al posmodernismo. En ese panorama, los trabajos de Carrión se ubican en una cuarta tradición: la del nacionalismo puertorriqueño de izquierda. Según Carrión, para que exista una nación no basta con ciertas condiciones objetivas: “[l]as naciones se hacen. Tiene que haber un ‘proyecto nacional’, la voluntad políticamente expresada de consolidar una identidad propia. Y esto, en última instancia, sólo se consigue haciéndose de un estado que personifique la nacionalidad”. El título de la colección—*Voluntad de nación*—resulta exacto: se trata de un texto que pretende contribuir al desarrollo de ese proyecto en Puerto Rico, desde una perspectiva de izquierda. Pretende, más específicamente, renovar y dar nuevas armas a la tradición nacionalista de izquierda, a través de una recuperación y síntesis de diversas tradiciones minoritarias del marxismo, sobre todo del austromarxismo—particularmente la obra de Otto Bauer—y de la teoría neomarxista del sistema-mundo elaborada por el historiador del capitalismo Immanuel Wallerstein, a partir de los aportes de André Gunder Frank.

De particular interés resulta el trabajo crítico sobre *El país de cuatro pisos* de González. No hay que respaldar todas las consideraciones de Carrión para reconocer la justicia de buena parte de sus comentarios. Ante la idea—formulada por González en su influyente ensayo—de que en el siglo XVII ya había “puertorriqueños” a pesar de que no tenían noción de serlo, Carrión se pregunta: “¿... puede existir una ‘nación’ si no existe un concepto de ‘patria nacional’?” El que parte de los habitantes del país ya se sintiera en alguna medida vinculada a la Isla, no los hacía necesariamente “nacionales”. Carrión subraya algo que González parece olvidar. Si se reduce la nación a un sentimiento de comunidad vinculada a un territorio, la categoría pierde toda especificidad histórica y se escamotea la pregunta más importante: no tanto cuándo surgió en Puerto Rico una comunidad que se identificaba con el territorio isleño, sino más bien cuándo y cómo empezó esa comunidad a concebirse como específicamente nacional.

La tesis de González afirma que los “primeros” puertorriqueños fueron además puertorriqueños negros. Carrión levanta la posibilidad

de que González sea víctima de otro anacronismo: no sólo resulta problemática la categoría de “puertorriqueño” en el contexto indicado, sino que sería necesario examinar el carácter igualmente histórico de las categorías raciales. Las nociones e identidades de blanco, negro, mulato surgen como parte de diversos y variables sistemas de oposiciones culturales. “La raza entre los humanos—afirma Carrión—es una construcción ideológica que no se define de la misma forma en todas partes y épocas”. Quizás “ideológica” no sea el mejor término, dada la gran diversidad de elaboraciones y malentendidos a los que se presta, pero la idea está suficientemente clara: hablar del negro en el siglo XX y suponer que esa categoría actuaba de idéntica manera en el siglo XVII levanta dudas que Carrión considera que una lectura crítica del texto de González no debe pasar por alto. No todo es desacuerdo, sin embargo, entre Carrión y González. En otro de sus ensayos, Carrión formula una tesis también defendida por González: la noción de que, en palabras de Carrión, “para el cambio de siglo, la identidad nacional de Puerto Rico tenía todavía un carácter precario. Una cultura criolla autóctona había surgido en la isla pero no una identidad nacional propia, fuerte y capaz de desarrollar una amplia base popular”.

Al final del ensayo sobre *El país de cuatro pisos*, Carrión aborda un tema del que también se ocupa en otros trabajos que componen esta colección: las particularidades del colonialismo norteamericano en Puerto Rico. Carrión se diferencia de otros pensadores independentistas al reconocer que bajo ese régimen colonial los puertorriqueños han gozado de un sistema de libertades políticas individuales y de unos niveles de vida material mucho más amplios y estables que los de muchos países independientes vecinos. Estos factores, según Carrión, explican buena parte de la capacidad del régimen colonial de retener un considerable apoyo, así como la fuerza del anexionismo. Más allá de los matices que se pudieran añadir, este argumento constituye un paso al frente: por evadir los hechos mencionados se han elaborado en Puerto Rico las más diversas—y a veces bizantinas—teorías sobre la “mentalidad del colonizado” y la “conciencia enajenada”. Carrión insiste que el apoyo a los partidos coloniales tiene buenas y evidentes razones materiales. Según Carrión, el colonialismo norteamericano “como pueblo nos oprime”, pero “en términos del orden burgués que defiende nos brinda individualmente la oportunidad del ‘sueño americano’, la ‘prosperidad’ y ‘seguridad’ económica que ofrece el capitalismo avanzado”. ¿Cómo sorprenderse entonces del consenso favorable al régimen colonial y de la fuerza del anexionismo en Puerto Rico?

A partir del reconocimiento de este hecho, algunos pensadores de la izquierda puertorriqueña han concluido que se impone abandonar la aspiración independentista para dar paso a una propuesta “estadista radical”. Carrión—en una elaboración que quizás sorprenda a muchos

lectores—reconoce que el marxismo ortodoxo, que gira alrededor de las aspiraciones económicas de la clase obrera, no tendría respuesta al anexionismo. Concluye, más aún, que el marxismo ortodoxo bien podría llegar, como los radicales estadistas, a la formulación de una posición anexionista. “El marxista economicista y el estadista puertorriqueño—afirma Carrión—podrían estar de acuerdo en que el mejor negocio es la anexión”. Según Carrión,

[e]n un país como Puerto Rico, integrado económicamente (aunque de forma colonial) a la potencia máxima del capitalismo, con todos sus adelantos tecnológicos y económicos, y que además goza de algunas de las instituciones democrático-burguesas más antiguas y duraderas del planeta, la independencia no tiene sentido desde el punto de vista marxista ortodoxo... la causa del proletariado local se ve mejor servida como partícipe de los procesos revolucionarios del proletariado metropolitano.

Carrión rechaza esa conclusión—e insiste en la defensa de la independencia—pero por lo mismo considera necesaria una evaluación crítica del marxismo ortodoxo, que según él conduce lógicamente a conclusiones anexionistas. De ahí la importancia que Carrión le atribuye a la recuperación del análisis de la cuestión nacional más allá de Marx y, sobre todo, Lenin.

Acogiéndose a una extensa serie de autores, Carrión critica severamente lo que describe como el “cosmopolitismo ingenuo” de Marx y Lenin que, según Carrión, confiaba que la creciente socialización e internacionalización de las fuerzas productivas solucionarían el problema nacional, aboliendo progresivamente las diferencias nacionales. Esa perspectiva, a la vez que se apoyaba en un internacionalismo abstracto, concebía al nacionalismo como una ideología específicamente burguesa. Así, la desaparición del régimen burgués abriría el camino a una predecible desaparición de las naciones en el seno de una nueva cultura mundial. Ante esta perspectiva, que insiste en el “carácter burgués de todo tipo de nacionalismo”, Carrión recupera la tradición del austromarxismo, cuyo pensador más destacado fue Otto Bauer.

Bauer, explica Carrión, desarrolló una doctrina de las “formas sociales” en que “clase y nación eran dos manifestaciones distintas de la sociabilidad humana”. Por tanto, para Bauer, la nación no era una formación estrictamente burguesa, sino que poseía raíces y dinámicas propias que no dependían del régimen burgués. La conclusión es que la desaparición del régimen burgués no tiene por qué implicar un debilitamiento o desaparición del sentimiento nacional.

Carrión va más allá: según él la aspiración a una sociedad distinta—

solidaria, igualitaria—tendría que incluir un elemento nacional:

El marco de la lealtad y la solidaridad efectiva no puede ser excesivamente amplio, porque pierde fuerza el altruismo. Razones filosóficas, psicológicas y sociológicas fundamentan este hecho. El desarrollo pleno de la individualidad en sociabilidad que postula una sociedad comunista madura es incompatible con la homogeneidad y el impersonalismo que una solidaridad indiscriminada implica.

Nada más absurdo, entonces, de acuerdo con esta lógica, que oponer las aspiraciones socialistas a las nacionales. Así, el análisis de Carrión concluiría que abandonar las aspiraciones nacionales implica cerrarle el camino a una aspiración socialista verdaderamente radical, que conlleve el logro de una nueva forma de sociabilidad. Un marxismo que pretendiese darle nueva vida al socialismo (como proyecto que implique una diferencia radical con la sociabilidad capitalista) tendría que integrar los proyectos nacionales al centro de sus preocupaciones. En Puerto Rico ello implicaría insistir en la lucha por la independencia. Así, reformular la aspiración socialista en el mundo post-1989 y nutrir la voluntad de nación desde la izquierda son para Carrión proyectos complementarios.

Según Bauer, explica Carrión, “con el socialismo no desaparecerán las naciones, sino por el contrario tendrán un renacer. El tiempo—añade Carrión—se encargó de darle la razón a Bauer”. Carrión considera que el colapso de la Unión Soviética y Yugoslavia debe verse como una clara refutación de las ilusiones del marxismo ortodoxo y como una reivindicación del análisis de Bauer, que en Puerto Rico implicaría la defensa de un independentismo de izquierda. Así, según Carrión, “[l]a crisis que representa para ‘el mito de la revolución social’ el colapso de la Unión Soviética complica negativamente al cuadro contestatario de movimientos que busquen en la solidaridad proletaria una alternativa al orden establecido. Las demandas de corte etno-nacional habrían, por el contrario, adquirido una nueva vigencia”.

El autor de esta reseña se ubica entre los que Carrión describiría como marxistas ortodoxos. En ese sentido, objetaría al trabajo de Carrión una versión poco generosa de las contribuciones de Marx y, sobre todo, de Lenin del fenómeno nacional. Esos trabajos contienen una riqueza de pistas que todavía no se han aprovechado plenamente. Pero éste no es lugar para esa polémica. Por otro lado, la interesante tesis sobre la solidaridad más allá de ciertos límites comunitarios merece una elaboración más extensa. El autor ha dejado aquí algunas ideas en el tintero, con las que todos—incluso los que abrigamos una actitud mucho más escéptica ante el nacionalismo—podríamos enriquecer nuestro

análisis del espinoso problema nacional. Además, sorprende la ausencia de referencias en las notas a ciertos trabajos, entre ellos algunos de los más influyentes en el pasado reciente, como los de Miroslav Hroch, Ernest Gellner, Benedict Anderson y Tom Nairn. No creo que “nuevos enfoques en el estudio del nacionalismo puertorriqueño”, como los que Carrión favorece, puedan prescindir de esas contribuciones. Toca a otros interlocutores de este diálogo o al mismo Carrión en una extensión de este trabajo, abordar esas investigaciones a la luz de nuestra experiencia. Ninguno de estos apuntes, ni las diferencias que separan las posiciones, impiden reconocer que los ensayos de Carrión constituyen una hábil defensa de la perspectiva nacionalista de izquierda en un debate que no da muestras de agotarse.

---

**Méndez, José Luis. *Entre el limbo y el consenso: el dilema de Puerto Rico para el próximo milenio*. San Juan: Ediciones Milenio, 1997. Pp.144.**

---

**Emilio Pantojas García**

*Centro de Investigaciones Sociales*

*Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

Cuando el libro de Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, se tradujo como *Los condenados de la tierra*, ni el traductor ni los lectores del texto en español jamás imaginaron que el concepto de “condenado” pudiese aludir a otra cosa que no fuese a la forma más opresiva de subordinación política desde la esclavitud —el colonialismo—, ni que la solución a la condena colonial fuera otra que la independencia nacional. Irónicamente, la tesis central del libro de José Luis Méndez podría también ser el título de éste: *Condenados al consenso*; pero en el texto de Méndez el concepto describe un tipo de condena colonial distinta: el desconcierto colectivo en la lucha por mantener el vínculo con la metrópoli.